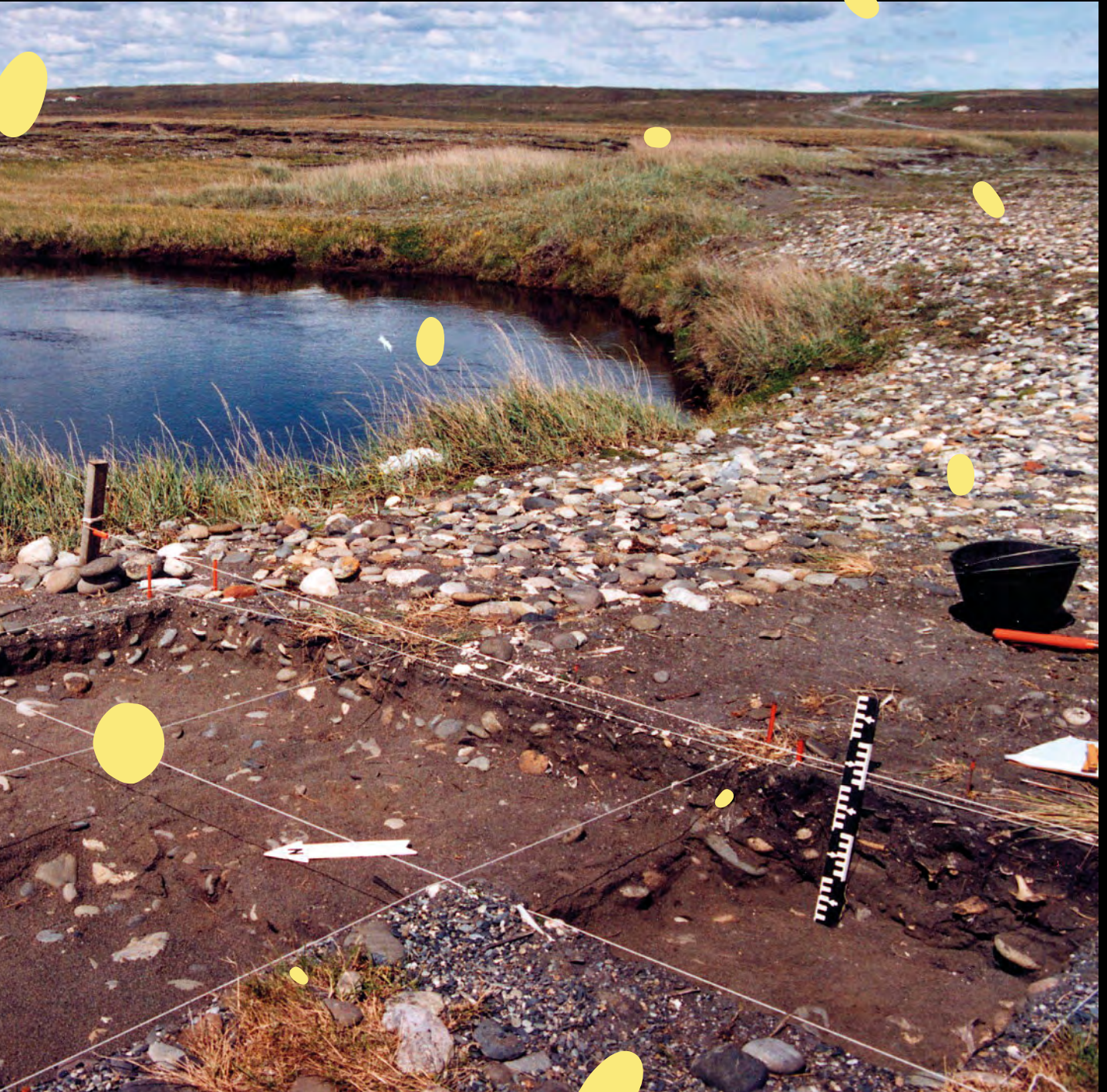


BOLETIN DE LA SOCIEDAD CHILENA DE ARQUEOLOGIA

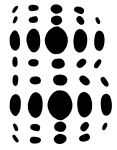


52

JULIO 2022



Sociedad Chilena de Arqueología



**BOLETIN DE LA SOCIEDAD CHILENA DE
ARQUEOLOGIA**

52

JULIO 2022



Sociedad Chilena de Arqueología

SOCIEDAD CHILENA DE ARQUEOLOGÍA

(Período 2021-2022)

Directorio: Marcela Sepúlveda, Elisa Calás, Danisa Catalán, Valentina Varas y Francisca Fernández.

www.scha.cl

Editor: Benjamín Ballester. Universidad de Tarapacá, Arica, y Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago. benjaminballesterr@gmail.com

Editor de Estilo: Alexander San Francisco. Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago. alexsanfrancisco@gmail.com

Editor Web: Víctor Méndez, Laboratorio de Antropología y Arqueología Visual, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, victor.m.m@gmail.com

Diseño y diagramación: Sebastian Contreras, sea.contreras@gmail.com

Comité Editorial

Francisco Gallardo, Escuela de Antropología de la Pontificia Universidad Católica de Chile. fgallardoibanez@gmail.com

Carolina Agüero, Sociedad Chilena de Arqueología. caritoaguero@gmail.com

Daniel Quiroz, investigador del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural. daniel.quiroz@patrimoniocultural.gob.cl

Leonor Adán, Profesora de la Escuela de Arqueología, Sede Puerto Montt, de la Universidad Austral de Chile. ladan@uach.cl

Francisco Garrido, Curador de Arqueología del Museo Nacional de Historia Natural de Chile. francisco.garrido@mnhn.gob.cl

Andrea Seleenfreund, jefa de Carrera de Antropología, Escuela de Antropología, Geografía e Historia, Universidad Academia de Humanismo Cristiano. aseleenfreund@academia.cl

Axel Nielsen, Investigador Principal y Profesor Titular del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Universidad Nacional de La Plata. anielsen@fcnym.unlp.edu.ar

Christina Torres, Chair y Profesor de la University of California, Merced. christina.torres@ucmerced.edu

José Luis Martínez, Profesor Titular de la Universidad de Chile. jomarcer@u.uchile.cl

Lorena Sanhueza, Académica del Departamento de Antropología de la Universidad de Chile. loresan@uchile.cl

Andrés Troncoso, Profesor Titular del Departamento de Antropología de la Universidad de Chile. atroncoso@uchile.cl

Norma Ratto, Profesora Asociada del Instituto de las Culturas (UBA-CONICET), Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. nratto@filo.uba.ar

El Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología es una publicación fundada en 1984 y editada por la Sociedad Chilena de Arqueología. Desde el año 2022 es de tiraje bianual y tiene como propósito la difusión de avances, resultados, reflexiones y discusiones relativos a la investigación arqueológica nacional y de zonas aledañas. Las opiniones vertidas en este Boletín son de exclusiva responsabilidad de quienes las emiten y no representan necesariamente el pensamiento de la Sociedad Chilena de Arqueología.

El Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología está indizado en Anthropological Literature y Latindex-Catálogo.

Toda correspondencia debe dirigirse al Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología, al correo electrónico schaboletin@gmail.com o a través de www.boletin.scha.cl.

Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología

ISSN impresa 0716-5730

ISSN electrónica 2735-7651

DOI: 10.56575/BSCHA.0520022

Julio 2022

Portada: Excavación del sitio de Marazzi 32 en Tierra del Fuego, cortesía de Mauricio Massone.

ÍNDICE

05-08. Editorial

Dossier: Arqueología y ontología

10-11. Ontología y arqueología. Presentación epistémica

Francisco Gallardo

12-42. Paisajes corporales y ontología(s). Una propuesta desde los objetos e imágenes antropomorfas de Rapa Nui

Felipe Armstrong

43-80. Chullpas equivocadas. Una arqueología de las diferencias ontológicas

Axel E. Nielsen

81-104. Ontología, modos de existencia y tecnologías: propuestas para un acercamiento relacional en arqueología

Andrés Troncoso, Felipe Armstrong y Francisca Moya

105-128. Arqueología social y ontología crítica

Francisco Gallardo

129-138. Lección de barro y la antropología del ritmo

Francisco Vergara

139-147. Comentario al dossier Arqueología y ontología.

Procesando el giro ontológico desde las arqueologías del cono sur

Estefanía Vidal Montero

Obituarios

149-159. In memoriam Arturo Rodríguez Osorio (1932-2020): enseñar, humanamente, desde la sencillez

Carlos González Godoy

160-161. Vicki eternamente...

Directorio SCHA

162-167. Reconocimiento María Victoria Castro Rojas. XXII Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Puerto Montt

Leonor Adán

168-169. Recuerdos de Victoria Castro

Mauricio Massone

170-171. Los caminos, el caminar y la arqueología. En homenaje a Victoria Castro

Javiera Letelier Cosmelli

172. María Victoria Castro: maestra y madre; arqueóloga y etnógrafa; desierto y mar; sol y luna; colibrí y delfín; energía y espíritu

Felipe Rubio Munita

173-179. El encuentro de Victoria Castro y Annette Laming-Emperaire (1965). Un puente casual entre filosofía y arqueología

Javiera Carmona Jiménez

180. A la profesora Victoria

Gregorio Calvo García

181-185. Desde la ternura feminista: un homenaje a María Victoria Castro Rojas

Catalina Soto Rodríguez

186-187. Victoria Castro Rojas (1944-2022): la gran maestra de la arqueología chilena, andina y sudamericana

Carlos González Godoy

188-189. Carta de Apoyo para la Profa. María Victoria Castro, dirigida a la Sra. Adriana Delpiano

Nicole Sault

191-196. Instrucciones para autores y autoras



DOSSIER
ARQUEOLOGÍA Y ONTOLOGÍA



LECCIÓN DE BARRO Y LA ANTROPOLOGÍA DEL RITMO

Francisco Vergara¹

Resumen

La producción de ladrillos de adobe en los Andes centrales nos enseña tres lecciones de interés antropológico. En primer lugar, que el espacio transmuta con el devenir de las prácticas sociales. En segundo lugar, que dicho devenir es más complejo que la simple sucesión, orden y cronología en que se desarrollan las prácticas. En tercer lugar, que en las prácticas sociales, tanto el tiempo, el espacio y las técnicas son dimensiones entrelazadas, y, por tanto, que conllevan un ritmo. En consecuencia, este ensayo revela la necesidad de desarrollar una perspectiva que permita analizar todas esas dimensiones de manera conjunta. Se argumenta que dicha mirada puede ser desarrollada como una antropología del ritmo.

Palabras clave: prácticas sociales, tiempo, espacio, técnicas.

Abstract

The production of mudbricks in the Central Andes teach us three lessons of anthropological interest. Firstly, it instructs us with the idea that the space transmutes according to the progression of social practices. Secondly, it teaches us that the progression of social practices is much more complex than the simple succession, chronology, or order in which an action unfolds. Thirdly, it shows us that the spatial, temporal, and technical dimension of social practices are interweaved, and therefore, that they have a rhythm. Therefore, this essay reveals the necessities of developing a perspective that allows us to analyse all these dimensions simultaneously. It is argued that such a perspective can be developed as an anthropology of rhythm.

Keywords: social practices, time, space, techniques.

1. Universidad Austral de Chile, University College of London.
francisco.vergara@uach.cl; francisco.vergara.15@ucl.ac.uk

Primera lección. Sobre el devenir del espacio. La cantera, la watya y el dormitorio

Mientras desarrollaba mi trabajo de campo en la comunidad campesina de Rayampata, en Calca, Perú, Isidro me invitó a fabricar ladrillos de adobe. Me comentó que comenzaríamos a trabajar al día siguiente, un lunes, puesto que iniciar el martes o el viernes sería de mala suerte. En términos muy simples, la producción de ladrillos de adobe implica la obtención de la materia prima (barro, *ichu* [*stipa ichu*] y agua), luego mezclarla y finalmente hacer los moldes para los ladrillos. El lunes en la mañana, cuando llegué a la casa de Isidro, él ya tenía el *ichu* apilado en una esquina de la parte trasera de su casa. Durante toda la producción de ladrillos, este lugar funcionó como una cantera-taller, un lugar en donde pasamos horas picando tierra, desmembrando terrones y eliminando las piedras de gran tamaño; el lugar donde el agua, la tierra y el *ichu* se mezclaron.

Trabajamos siete días e hicimos 400 ladrillos de adobe. Al terminar, Isidro me invitó a que lo visitara al día siguiente para que hiciésemos una *watya* (o *wathiay*). Una vez allí, me llevó a la cantera-taller. Como era esperable, este lugar no era el mismo que yo había visto por primera vez. Tras haber picado una enorme cantidad de tierra, la que posteriormente mezclamos y finalmente convertimos en ladrillos, la cantera-taller había sufrido importantes modificaciones. A partir de esta observación, me di cuenta de que durante todo el trabajo Isidro había procurado que la cantera-taller se transformara en una pequeña explanada, con un suelo completamente nivelado.

Cuando entramos a la explanada, nos dirigimos hacia una esquina donde Isidro tenía apilado un montón de terrones que habían sobrado del trabajo anterior. Los terrones formaban una estructura monticular de unos 30 o 40 centímetros de alto, con una base diametral de aproximadamente la misma medida. En su interior, la estructura presentaba una cavidad que se proyectaba por la base hacia el exterior. De las cercanías, Isidro recolectó unas cuantas ramas secas y otras piezas de madera, las depositó en la cavidad y las quemó. Luego, nos sentamos a conversar. Alrededor de treinta minutos más tarde, agregó más madera al interior de la *watya*, con el objetivo de continuar calentando los terrones, que poco a poco adquirirían una coloración rojiza. Después de unos minutos, extendió los ardientes terrones formando una especie de cama sobre la cual depositó cuidadosamente papas, las que posteriormente cubrió con más terrones. Seguimos conversando. Pasado unos 20 minutos, Isidro destapó los tubérculos, y probó que estuviesen cocidos. Su cálculo no falló. Nos sentamos a comer.

Lo que me interesa destacar de esta viñeta es la transmutación a la que se exponen los lugares cuando los concebimos en relación a las prácticas sociales. El mismo lugar que una vez fue cantera-taller se convirtió rápidamente en una explanada de socialización, en donde el comer y compartir sustituyeron al picar y desmembrar. A su vez, esta transmutación no solo implicó un cambio en las funciones del lugar, sino que también en los actores que aquí se relacionaban. Mientras hacíamos ladrillos de adobe, trabajábamos con otro campesino del lugar. Sin embargo, durante la *watya*, la pareja de Isidro, junto a mi compañera e hijo ingresaron y ocuparon el lugar. De esta forma, de ser un lugar donde en un principio solo interactuábamos hombres adultos, durante la *watya* ingresaron mujeres y niños. Los artefactos y materiales también se hicieron parte esta transmutación. Durante la producción de ladrillos de adobe, palas, picos, un machete, una carretilla y una manguera se movían de un lugar a otro. Durante la *watya*, estos artefactos abandonaron el lugar, siendo reemplazados por un soplador, una caja de fósforos y un palo largo de madera para remover terrones incandescentes. En cuanto a los materiales, mientras hacíamos ladrillos, el agua permitía que la tierra se transformara en barro, y el *ichu* transformaba el barro en una pasta densa lista para ser moldeada. Durante la *watya*, el fuego reemplazó al agua, los terrones al barro y las papas al *ichu*.

Cuando regresé por segunda vez a mi trabajo de campo, aproximadamente un año después, visité a Isidro tan pronto como pude. La cantera-taller y la *watya* habían desaparecido. También lo habían hecho las palas, las picotas, el barro, el agua, el fuego y los terrones. Isidro había construido un cuarto que funcionaba como dormitorio para sus dos hijas. Nuevamente me encontraba frente a la transmutación del espacio. De ser un lugar abierto, en que junto con otros campesinos disfrutamos con mi familia, pasó a ser un lugar cerrado, privado, reducido al núcleo familiar. De un lugar de trabajo y esparcimiento, a un lugar de descanso y destinado a la vida familiar.

La lección que emerge de este pequeño evento es muy sencilla, y es que el espacio no es un contenedor de la práctica, sino que, por el contrario, emerge de ella. Lo que nos enseña esta viñeta es que los lugares constituyen entidades dinámicas que pueden cambiar rápidamente de significados de acuerdo con las prácticas en que son incrustados, y que en estas transformaciones el mundo de los objetos y los materiales también se hacen presentes. En consecuencia, este episodio etnográfico, al que me he referido como la primera lección de barro, reafirma dos planteamientos que han ofrecido las ciencias sociales en los últimos treinta años. Primero, ilustra el enraizamiento que tienen los lugares con la praxis en contextos socioeconómicos situados, o como señaló Appadurai (1996), que las relaciones entre los lugares y las prácticas

son dialécticas. Segundo, nos recuerda lo imbricado que se encuentran el tiempo y el espacio. Al respecto, y siguiendo los planteamientos de Lefebvre (2004, 2013, 2014), May y Thrift (2001) y Edensor (2010), la transmutación de los lugares está relacionada con la constitución temporal de las prácticas sociales.

Segunda lección. Sobre el devenir de la práctica. La hallpa y el reposo

El lunes en la mañana, justo antes de comenzar el trabajo, Isidro me pidió que tomara asiento. Para ello, acomodó un cuero de oveja en la cantera-taller. Una vez sentados, abrió una bolsa de plástico verde y me ofreció hojas de coca para *pijchar*. Tras haber *pijchado*, comenzamos la *chamba*. A medida que picábamos la tierra, seleccionábamos las piedras de mayor tamaño y las descartábamos arrojándolas hacia el campo del vecino. Cuando los terrenos que se desprendían del suelo eran muy grandes, los picábamos con la picota, o bien los desmembrábamos con la pala. Continuamos picando la tierra, desmembrando terrones y eliminando piedras por un largo rato, hasta que Isidro, a media mañana, me dijo que hiciéramos una *hallpa*.

En términos generales, la *hallpa* es un descanso que dura entre 10 y 20 minutos. En este momento las personas *pijchan* hojas de coca, toman *aja* (chicha de maíz) y algunas veces comen *picante* (interiores asados con ají). La persona a cargo de la *chamba*, en este caso mi amigo Isidro, tienen la responsabilidad de ofrecer y desarrollar correctamente la *hallpa*. Cuando un trabajo o *chamba* dura una jornada completa, las personas hacen dos *hallpa*, una a media mañana y otra a media tarde. Además de ser un descanso, la *hallpa* es la manera correcta de proceder en cualquier trabajo. Mientras trabajábamos, Isidro solía decirme, “¿muy buena *chamba*, no? Así es como se trabaja, con calma, con su *chichita*, tu *coquita*, entonces avanzas rápido”. Sin embargo, la *hallpa* es también una práctica en disputa. Como lo expresó una persona de Lima a quien no le parecía adecuada la forma campesina de trabajar, la *hallpa* demuestra que “estas personas son flojas, les gusta tomar, y no trabajan bien”.

Mientras que la preocupación de Isidro recaía en hacer bien su trabajo, y con ello desarrollar correctamente la *hallpa*, al limeño le preocupaban otras dos cosas. Primero, le inquietaba la idea de descansar mientras se trabaja, y segundo, no le gustaba que la *hallpa* involucrara tomar chicha y *pijchar* coca. Con relación a la idea de descanso, la persona de Lima concebía la *hallpa* como un tiempo no productivo, como un espacio vacío en la secuencia de trabajo. Con relación a los elementos de la *hallpa*, esta persona concebía la chi-

cha como alcohol y la coca como un elemento campesino. Ambas preocupaciones son de naturaleza antropológica. La primera nos lleva a preguntarnos sobre cómo entendemos los procesos productivos y la relación de estos con el tiempo, mientras que la segunda se inclina hacia el campo de los significados. En lo que sigue, nos detendremos en la primera preocupación.

Cuando miramos procesos productivos, existe algo que nos previene de mirar a la *hallpa* como una parte importante de la cadena operativa. En cambio, ese algo promueve la idea de un espacio vacío en la cadena. Es argumentable que tal entendimiento de la *hallpa*, como espacio vacío, se entrelaza con una ontología moderna, capitalista e industrializada de la producción, en donde la maximización, productividad, y mecanización del trabajo, promueven una ilusión maquinaria de procesos ininterrumpidos. Sin embargo, como años atrás lo notaron los antropólogos Van Kessel y Condori (1992), y más recientemente lo ha hecho la arqueóloga Denise Arnold (2018), en los Andes opera una mirada diferente, atenta hacia los procesos de vida, en donde la *hallpa* sí existe como algo productivo. En esta mirada, los materiales son seres vivos y tienen sus propios ritmos. Por ejemplo, la *aja*, que es una bebida de maíz fermentado, debe dormir para transformarse de *upi* en *aja*. Los ladrillos de adobe también descansan antes de constituirse como tal, proceso en el cual intervienen otros agentes más-que-humanos que ayudan al barro a transformarse en adobe. Las chacras, como es ampliamente sabido, también duermen y descansan. En consecuencia, para la lógica andina, el reposo, o más bien la *hallpa*, es todo menos una brecha infructuosa.

La lección que emerge de este caso también es bastante simple, y es que el tiempo sí importa. Las personas lo representamos, usamos y entendemos de maneras distintas, y como lo demuestra la viñeta anterior, el tiempo se encuentra íntimamente ligado a las prácticas humanas. Estas observaciones no son nuevas a la antropología ni a la sociología. Más bien confirman una larga tradición que ha devenido en lo que hoy conocemos como la Antropología del Tiempo (Adam 1995, 2018; Bloch 2012; Bourdieu 1963, 1977; Fabian 1983; Geertz 1966; Gell 1992; Munn 1992; Young 1988; Zerubavel 1981). Sin embargo, y a pesar de estas contribuciones, cuando analizamos procesos productivos, aún persiste una equivocación antropológica que nos impide lidiar con fenómenos como la *hallpa*. Esto es evidente, por ejemplo, cuando utilizamos una de las principales herramientas analíticas con las cuales representamos la temporalidad de los procesos productivos, y que, según mi parecer, ha desviado nuestra atención de la riqueza la *hallpa*, a saber, las cadenas operativas.

Cualquier persona que haya desarrollado investigaciones sobre la antropología de las técnicas sabrá que las cadenas operativas son representaciones

analíticas de las distintas etapas involucradas en los procesos productivos. Esta herramienta tiene la capacidad de representar, etapa por etapa, la progresión lineal o multilineal de la acción del ser humano sobre la materia, y por lo tanto, de ilustrar una acción desde su inicio a fin. Además, las cadenas operativas cumplen una función valiosa en describir la multiplicidad de relaciones entre sujetos, gestos, herramientas, y materiales, y por lo tanto, funciona como una herramienta *ad hoc* a los modelos relacionales. El problema, sin embargo, es que este tipo de representaciones constituye una ilusión sinóptica. Como lo describe Bourdieu (1977), una ilusión sinóptica es una narrativa lineal que solo existe en el papel, un ejercicio que distribuye hitos a lo largo de un continuo que solamente son vinculados por relaciones de sucesión. Al igual que un calendario, la cadena operativa es una representación simultánea de procesos cuya naturaleza temporal sobrepasa los límites de la secuencia y el orden, pero de la cual no logra dar cuenta. Como lo demuestra la *hallpa*, en el devenir de la acción no solo importa la sucesión, sino que también ese espacio intersticial entre acciones, aquel espacio entre-medios en el cual una acción transmuta en otra. Estos espacios, a los cuales Bourdieu (1977) llamó umbrales, son también materia de la teoría de la práctica y se encuentran estrechamente vinculados con la temporalidad en tanto están constituidos de elementos tales como la duración y la recurrencia. De esta forma, la *hallpa* no solo nos enseña que el tiempo sí importa, sino que también sobrepasa los límites de la secuencia.

Tercera lección. Sobre el ritmo de las prácticas sociales

Mientras la primera lección nos enseñaba que el espacio transmuta y emerge según el devenir de las prácticas, la segunda ponía en relieve que dicho devenir va más allá del orden y la sucesión, y que, por ejemplo, incluye espacios intersticiales como la *hallpa*. En efecto, ambas lecciones se refieren a un mismo proceso, a saber, al entrecruzamiento entre el tiempo, el espacio y la acción, y por lo tanto, al ritmo. El ritmo, como lo define Lefebvre (2004), es justamente la interacción entre energía, tiempo y espacio que se da en el día a día y, por consiguiente, la tercera lección que nos enseña la producción de ladrillos de adobe es que las prácticas sociales tienen un ritmo. De hecho, cuando Isidro me comentaba “así es como se trabaja, con calma, con su chichita, tu coquita, entonces avanzas rápido”, lo que en realidad hacía era indicarme que la producción de adobes tiene un ritmo de trabajo, y que ese ritmo y no otro, era el adecuado. Ahora bien, las palabras de Isidro son importantes, pues usualmente solemos abordar las dimensiones espaciales, temporales y

técnicas de las prácticas sociales de manera aislada, por lo que perdemos de vista el ritmo de los procesos.

Por ejemplo, actualmente contamos con una antropología del tiempo, con una antropología del paisaje y con una antropología de las técnicas. Sin embargo, no contamos con un acercamiento que enfrente de manera conjunta el estudio de las técnicas, del espacio y del tiempo. Esto ha provocado que los estudios de la antropología de las técnicas no tengan prácticamente ninguna correspondencia con la antropología del tiempo o del espacio, y por lo mismo, es común leer trabajos en donde el espacio es representado como un contenedor de la práctica, y el tiempo como sucesión y cronología. Así mismo, tanto la antropología del tiempo como la del espacio, raramente se detienen en el estudio detallado de las técnicas, y por lo mismo, las ideas de que el tiempo y el espacio son el producto de la práctica son muchas veces constataciones carentes de gestos.

Como contrargumento a esta observación, uno podría señalar que el trabajo del antropólogo británico Tim Ingold (1993, 2006, 2010, 2011a, 2011b, 2013) sí ha logrado trabajar con este entrecruzamiento. De hecho, en distintas ocasiones, Ingold se ha referido al ritmo de ciertas actividades, como cepillar la madera, caminar o lazar a un animal. No obstante, y a pesar de que sus trabajos han esbozado las rutas hacia una comprensión holística o ecológica de las prácticas sociales, en donde efectivamente se acentúa el entrecruzamiento al cual me refiero, el alcance de sus propuestas ha sido casi exclusivamente especulativo. De hecho, como lo señala el antropólogo Gregor Dobler (2016: 868), el interés de Ingold en los ritmos “is generally much more philosophical than ethnographic [...] Accordingly, he rarely describes what rhythm actually is, and what role real-life rhythms play for the working experiences of real people”.² Por consiguiente, actualmente nos encontramos en un momento en el cual aún necesitamos dar un paso adelante, a pesar de que la antropología se ha abierto a reconocer que las prácticas sociales tienen un ritmo, sobre todo en el desarrollo de una antropología capaz de abordar de manera conjunta todos estos dominios de la práctica y que además nos entreguen información concreta, que permita el ejercicio comparativo. Desde mi perspectiva, creo que podemos lidiar con este problema desarrollando una antropología del ritmo, atendiendo de manera seria este fenómeno emergente, que nace desde el cuerpo, que crea espacio y que genera tiempo. La antropología del ritmo, sería entonces, un acercamiento que brota a partir del reconocimiento de que

2. “es generalmente más filosófico que etnográfico. En consecuencia, raramente describe que es el ritmo, y que rol juegan los ritmos de la vida-real en la experiencia del trabajo de personas-reales” (la traducción es mía).

las prácticas humanas son una maraña en donde se entrecruzan líneas temporales, espaciales y técnicas de forma simultánea, y por lo tanto, un lugar que reúne y se sitúa entre tres líneas de cuestionamiento antropológico: la antropología de las técnicas, la antropología del tiempo y la antropología de los lugares.

Epílogo

En este breve ensayo, he expuesto la necesidad de desarrollar una antropología del ritmo. Esta necesidad emerge de tres lecciones que me enseñó mi participación en la producción de ladrillos de adobe. Mientras la primera lección me indicaba la importancia de entender el espacio como una realidad dinámica cuya forma y transformación se encuentra sujeta a las prácticas sociales, la segunda me indicaba que en las prácticas sociales existen momentos intersticiales, instantes en los cuales una acción transmuta en otra, y por lo tanto, que el ámbito temporal de la acción humana es mucho más complejo que la simple cronología, sucesión u orden de las acciones. La tercera lección, por su parte, me indicaba que tanto la transmutación del espacio como la temporalidad de la práctica son procesos que ocurren de manera simultánea a las acciones que desarrollamos. De esta forma, la producción de ladrillos de adobe se me presentaba como un proceso en el cual el tiempo, el espacio y la acción se entremezclaban unos con otros. A pesar de que esta observación parece una obviedad, hemos visto que usualmente en antropología trabajamos con esos dominios de las prácticas humanas de forma segregada, o en su defecto, otorgando más prioridad a un aspecto por sobre el resto. Sin embargo, existe la posibilidad de trabajar con todos estos dominios de forma simultánea, y esta forma se llama ritmo.

El problema del ritmo, sin embargo, es que no ha sido un tema central en debate antropológico, por lo que, hasta el momento, esta idea ha permanecido más bien en el ámbito especulativo. Por consiguiente, necesitamos desarrollar una antropología del ritmo capaz de lidiar con estos procesos de forma simultánea y que a la vez permita el ejercicio comparativo. Después de todo, la antropología es por definición comparativa, y será solo a partir de abrir el debate antropológico del ritmo dentro de estos márgenes, en que realmente podamos atender las lecciones de barro.

Referencias citadas

- Adam, B. 1995. *Timewatch : the social analysis of time*. Polity Press, Cambridge.
- Adam, B. 2018. Four meditations on time and future relations. *Time & Society* 27(3): 384–388.
- Appadurai, A. 1996. *Modernity at large : cultural dimensions of globalization*. University of Minnesota Press, Minneapolis.
- Arnold, D. 2018. Making textiles into persons: Gestural sequences and relationality in communities of weaving practice of the South Central Andes. *Journal of Material Culture* 23(2): 239–260.
- Bloch, M. 2012. *Anthropology and the Cognitive Challenge*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Bourdieu, P. 1963. The attitude of the Algerian Peasant Towards Time. *Mediterranean Countryman* 6: 55–72.
- Bourdieu, P. 1977. *Outline of a Theory of Practice*. Cambridge University Press, Nueva York.
- Dobler, G. 2016. 'Work and rhythm' revisited: rhythm and experience in northern Namibian peasant work. *Journal of the Royal Anthropological Institute* 22(4): 864–883.
- Edensor, T. 2010. Introduction: Thinking about Rhythm and Space. En: *Geographies of rhythm: nature, place, mobilities and bodies*, editado por T. Edensor, pp. 1–18. Ashgate, Farnham.
- Fabian, J. 1983. *Time and the other: how anthropology makes its object*. Columbia University Press, Nueva York.
- Geertz, C. 1966. *Person, time and conduct in Bali: an essay in cultural analysis*. Yale University Press, New Haven.
- Gell, A. 1992. *The anthropology of time: cultural constructions of temporal maps and images*. Berg, Oxford.

- Ingold, T. 1993. The temporality of the landscape. *World Archaeology* 25(2): 152–174.
- Ingold, T. 2006. Walking the Plank: Meditations on a Process of Skill. En: *Defining Technological Literacy*, editado por J. Dakers, pp. 65–80. Palgrave Macmillan, Nueva York.
- Ingold, T. 2010. Footprints through the weather-world: walking, breathing, knowing. *Journal of the Royal Anthropological Institute* 16(s1): s121–s139.
- Ingold, T. 2011a. *Being alive: essays on movement, knowledge and description*. Routledge, Abingdon.
- Ingold, T. 2011b. *The perception of the environment: essays on livelihood, dwelling and skill*. Routledge, Taylor & Francis Group, Londres.
- Ingold, T. 2013. *Making: anthropology, archaeology, art and architecture*. Routledge, Oxon.
- Lefebvre, H. 2004. *Rhythmanalysis: space, time, and everyday life*. Continuum, Londres.
- Lefebvre, H. 2013. *The production of space*. Blackwell Publishing, Oxford.
- Lefebvre, H. 2014. *Critique of everyday life*. Verso, Londres.
- May, J. y N. Thrift 2001. Introduction. En: *TimeSpace: geographies of temporality*, editado por N. Thrift y J. May, pp. 1–46. Routledge, Londres.
- Munn, N. 1992. The Cultural Anthropology of Time: A Critical Essay. *Annual Review of Anthropology* 21(1): 93–123.
- Van Kessel, J. y D. Condori. 1992. *Criar la vida : trabajo y tecnología en el mundo andino*. Vivarium, Santiago.
- Young, M. 1988. *The metronomic society: natural rhythms and human timetables*. Harvard University Press, Cambridge.
- Zerubavel, E. 1981. *Hidden rhythms: schedules and calendars in social life*. University of California Press, Berkeley.

